

*Enserie Essex Vidal.
Estancia Foremon
de la época de Artigas.*



Historia de

URUGUAY

JOSÉ PEDRO BARRÁN

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DE URUGUAY DE LA
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

El Uruguay anterior a su descubrimiento por los españoles en 1516, estaba poblado por unos pocos millares de indígenas cazadores, canoeros y pescadores. La llegada de los europeos y del ganado vacuno y caballar modificó el habitat, la demografía y las costumbres de esos indígenas. Convertidos en diestros jinetes cazadores de vacas, terminaron diezmados por la viruela y la persecución del hombre blanco.

*Mirando el mar.
Escultura de Jemanyá en
la rambla de Montevideo.*



La tradición historiográfica afirma que el año 1831 es aquel en que desaparecieron los charrúas —la etnia de mayor peso— al ser aniquilados por las tropas del primer gobierno del Uruguay independiente. Esa destrucción no impidió que la sangre indígena guaraní, procedente del norte, penetrara en ciertas capas de la población campesina del país. De cualquier modo, el «exterminio» de los indígenas de 1831 fundó el mito del Uruguay europeo y blanco que las clases dirigentes del país alimentaron, tanto más cuanto la inmigración europea fue, en efecto, la base del crecimiento demográfico uruguayo.

La Banda Oriental, designación que los españoles dieron al territorio, fue una región de colonización tardía, contemporánea de la España de los Borbones en el siglo XVIII. Se pobló por tres motivos fundamentales: la calidad de su pradera natural combinada con la multiplicación del ganado abandonado por los españoles; las ventajas de Montevideo como único puerto natural en el Río de la Plata; y la condición de territorio fronterizo en permanente disputa entre España y Portugal.

Las ciudades y pueblos tuvieron a menudo su origen en la lucha hispano-portuguesa, por ejemplo, el primer establecimiento europeo importante, la Colonia del Sacramento portuguesa en 1680, o el Montevideo español fundado entre 1724 y 1730.

La pradera natural y el ganado vacuno y caballar sin dueño generaron la estancia —predio por lo general de miles de hectáreas dedicado a la ganadería— y al estanciero, la figura dominante del medio rural.

Hacia 1780-1800 aparecieron los saladeros que convertían a parte de la carne vacuna de esas estancias en tasajo. Éste era carne salada, dura y magra, por lo que la consumían sólo los esclavos de Cuba y Brasil.

La Banda Oriental formaba parte del Virreinato de Buenos Aires (actuales Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay) desde su creación en 1776, pero Montevideo y su zona adyacente lo integraba como Gobernación. La población —30.000 habitantes hacia 1800, una tercera parte en Montevideo— estaba dividida en regiones y razas con más claridad que en clases.



José Gervasio Artigas.

Montevideo era sede del poder español y de la sociedad más jerarquizada. Comerciantes, prestamistas, estancieros, ausentistas y altos funcionarios, formaban una clase alta que todavía recordaba los orígenes humildes de su pasado canario, vasco o catalán. Pequeños tenderos, militares, funcionarios y artesanos, integra artesanos, integraban un esbozo de clase media. Debajo de todos, el tercio de la población montevidéana era negra y esclava, proporción que las guerras de la independencia y las civiles posteriores reducirían a una mínima expresión.

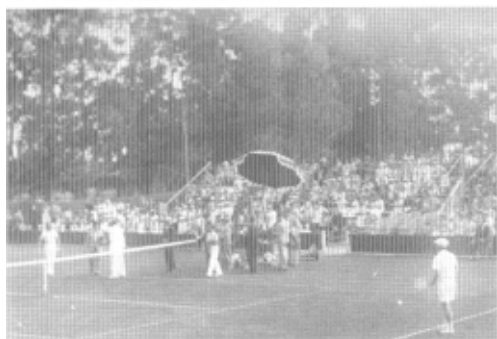
En el medio rural, las distinciones sociales, que existían, tendían a desdibujarse, cubiertas por la identidad de modos de vida. Abundaba la población errante, a veces mestiza. La vida era fácil y el alimento casi único, la carne, era gratuito. Este hecho se explica porque la producción era superior a la reducida demanda del mercado interno y la limitada de los mercados externos cubano y brasileño. El «proletariado» rural —el gaucho— era ecuestre (hasta los mendigos andaban a caballo en Montevideo) y tenía el alimento asegurado. Para estos campesinos el trabajo era una opción, no una necesidad. Los estancieros observaban con fastidio a esta mano de obra independiente que sólo trabajaba cuando el Estado perseguía a los «vagos».

Existían tensiones. La autoridad española impedía a los estancieros la libre venta de sus cueros a los comerciantes ingleses y portugueses, y a menudo los amenazaba con cobrarles las tierras que poseían con deficientes títulos de propiedad o sin ellos. A comerciantes y ganaderos molestaba la sujeción a las autoridades residentes en la vecina, competidora y envidiada Buenos Aires.



veamos si este gladiador coloso / tal como le llamó la opinión pública / dirige con carácter vigoroso / la carroza triunfal de la República., Caricatura de << La Semana t.

Playa Pocitos.



Hipódromo de Maroñas
Carrasco Laíen Tennis,

Los gauchos e indios odiaban todas las medidas que provenían del Cabildo de Montevideo o su Gobernador en procura de la contención del contrabando, la persecución de la vagancia o la expulsión de los pequeños terratenientes de las grandes estancias.

Estos resentimientos internos, y externos (contra España y Buenos Aires) estallaron en 1811, cuando se aflojaron los lazos del control colonial ante la invasión francesa a la metrópoli.

El Uruguay hacia la independencia y sus primeras décadas como Estado

Ese año el interior se sublevó contra la autoridad española residente en Montevideo. Dirigía la revuelta un capitán criollo del ejército «godo»: José Artigas.

La revolución en un principio acató la autoridad de la Junta de Mayo en Buenos Aires, pero las diferencias políticas, económicas y sociales pronto separaron a los «orientales» de los «porteños». En 1813 el Congreso de Abril proclamó los principios básicos de la revolución oriental: independencia de España, organización de un estado confederado con todas las regiones del exvirreinato de Buenos Aires, y república. La capital debía estar fuera de Buenos Aires.

En septiembre de 1815, Artigas dictó un Reglamento que repartió las inmensas posesiones de los enemigos de la revolución, «malos europeos y peores americanos», entre «los más infelices», siendo preferidos los indios, los negros libres y los «criollos pobres».

De 1811 a 1814 los orientales lucharon contra España, pero desde 1814 sostuvieron que el objetivo de la revolución no podía ser sustituir

un «despotismo», el español, por otro, el de Buenos Aires, por lo que se inició la guerra contra los «porteños». Para ello se aliaron con las provincias-estados de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fé, seducidas por las ideas federales y republicanas, en oposición a la ex-capital virreinal, centralista y monárquica.

En 1816 Artigas debió enfrentar la invasión de la monarquía portuguesa asentada en Río de Janeiro. Los lusitanos, deseosos de ocupar el territorio oriental que desde temprano disputaban a España, también invadieron por el temor a que el sur del Brasil se contagiara de los principios republicanos y federales. El invasor portugués contó con el beneplácito de Buenos Aires y terminó por derrotar a Artigas en 1820.

El país quedó en manos portuguesas primero (1820-1822) y brasileñas después (1822-1825). Los dominadores concluyeron por desilusionar a los orientales. Renació el sentimiento antilusitano, fuerte desde el siglo XVIII. Los criollos vieron cómo el invasor prefería a los brasileños en los repartos de tierras y las concesiones comerciales. El autoritarismo de los gobernantes impidió el menor asomo de autogobierno.

En abril de 1825 se inició la segunda etapa de la revolución cuando 33 orientales —número y nacionalidad un tanto míticos— invadieron el país y en pocos meses sublevaron el medio rural y pusieron sitio a las tropas brasileñas en Montevideo. Luego de las victorias de Rincón y Sarandí, el gobierno de Buenos Aires apoyó a los orientales y entró en guerra con Brasil. El 25 de agosto de 1825, la Sala de Representantes de la Provincia Oriental declaró en primer lugar la independencia absoluta del país, y luego su unión a las demás provincias.

La guerra con el Brasil culminó con la victoria no decisiva de Ituzaingó en febrero de 1827. Desde meses antes mediaba Gran Bretaña en el conflicto. La guerra perturbaba el comercio inglés debido al bloqueo brasileño del puerto de Buenos Aires. Además, pero en segundo plano, a Gran Bretaña le interesaba fomentar la independencia de un estado pequeño sobre el Río de la Plata que impidiera la argentinización de sus dos orillas, riesgo probable para su libre navegación.

Mural en las
calles de
Montevideo



Afiche de turismo.

En octubre de 1828 se firmó la Convención Preliminar de Paz entre Brasil y la Confederación Argentina por la cual se declaró al Uruguay estado independiente. En el origen de este hecho se combinaron, en dosis que la historiografía discutirá luego, el interés británico y el sentimiento oriental de autodeterminación que tenía, por cierto, raíces lejanas.

En 1830 una Asamblea electa aprobó la Constitución del nuevo país, llamado oficialmente «Estado Oriental del Uruguay». El estado sería republicano y garantizaría los derechos individuales mediante la separación clásica de los tres poderes. El derecho del sufragio se impedía a los analfabetos, peones, sirvientes y vagos: la mayoría de la población. Diputados y senadores permanecerían 3 y 6 años respectivamente en sus funciones y cada 4 elegirían al Presidente de la República. Esta constitución rigió los destinos del país hasta 1919.

El país real, sin embargo, se saltó este orden jurídico de origen europeo. Las guerras civiles dominaron el escenario hasta por lo menos 1876. En ellas se gestaron los dos partidos que pasaron a la modernidad y sobrevivieron en el siglo XX: el blanco y el colorado. Fue por efecto de esas luchas que ambos bandos fueron dotándose de ciertos contenidos políticos, sociales y hasta regionales.

Figari, «Nostalgia africana»>>



Las personalidades diferentes y los vínculos sociales distintos de Manuel Oribe y Fructuoso Rivera, los fundadores respectivos de los dos bandos, y el principal de sus conflictos armados —la «Guerra Grande», 1839-1851— dieron nueva forma a la oposición colonial entre Montevideo y el interior rural. Los colorados (que ejercieron desde 1865 a 1958) se identificaron con Montevideo, los inmigrantes, la apertura a lo europeo y el gobierno; los blancos lo hicieron con el medio rural, sus grandes terratenientes, lo americano-criollo y las demandas políticas de toda oposición: garantías electorales.

Pero esas diferencias no alcanzan a explicar el desorden interno. Las estructuras económicas, sociales y culturales, así como la tecnología de una civilización pre-industrial, deben ser convocadas para la interpretación del hecho político y completar la imagen del país, en particular de lo que se podría llamar su matriz liberal.

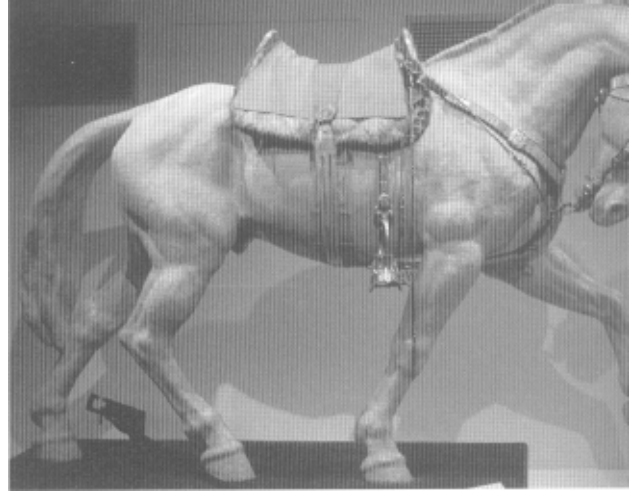
Iglesia Católica, ejército y gran propiedad, los tres pilares del orden conservador en América Latina, eran débiles en el Uruguay.

El alto clero no existía en 1830, recién en 1878 el país tuvo su primer obispado. El bajo clero era escaso, a menudo extranjero, de escasa formación teológica y relativo nivel moral. Sin propiedades importantes, su influencia se reducía a representar la religión mayoritaria de una población que a menudo las fuentes de época califican de «poco fanática».

El ejército era pequeño, carecía del monopolio de la coacción física enfrentado a los pobladores ecuestres del medio rural, y a partir de 1865 se había identificado con el partido de gobierno, el colorado, respondiendo a los líderes civiles de esa agrupación política.

La gran propiedad no estaba asentada. Los poseedores del período revolucionario lucharon contra los viejos propietarios coloniales. El gobierno debió ser el árbitro de estas tensiones que influyeron en la lucha entre blancos y colorados. El lugar social, entonces, dependió del Estado más que el Estado de la clase terrateniente.

Pabellón de Uruguay en la Expo de Sevilla 92. Caballo con montura y arreos de plata.



El nacimiento del Uruguay moderno en la segunda mitad del siglo XIX

Los gobiernos de los militares colorados Lorenzo Latorre (1876-80), Máximo Santos (1882-86) y Máximo Tajes (1886-90), fortificaron el poder central y dominaron a los caudillos rurales.

El estado y su ejército tuvieron desde ese momento el monopolio de la coacción física ante la especialización y costo creciente del armamento, la modernización de los medios de comunicación (telégrafos) y transportes (ferrocarriles), y los cambios económicos y sociales que desalentaban las costosas rebeliones del pasado.

El Uruguay de 1830 apenas contaba con 70.000 habitantes. El de 1900 poseía ya un millón. El crecimiento espectacular —la población se multiplicó por 14 en 70 años— no tenía parangón en ningún país americano. La alta tasa de natalidad dominante hasta 1890—40-50 por mil habitantes— se había unido a una baja tasa de mortalidad para la época —20-30 por mil— y alimentaba este hecho, pero el factor crucial del incremento fue la inmigración europea.

Franceses, italianos y españoles hasta 1850, italianos y españoles luego, llegaron en 4 ó 5 oleadas durante el siglo XIX. La inmigración fue temprana en relación a la más tardía que arribó a la Argentina, y sobre todo fue cuantiosa en relación a la muy pequeña población existente en 1830. De 1840 a 1890, Montevideo poseyó de un 60 a un 50% de población extranjera, casi toda europea. El Censo de 1860 mostró un 35% de extranjeros en todo el país y el de 1908 redujo esa cifra al 17%. Los inmigrantes, con valores diferentes a los de la población criolla, más proclives al espíritu de empresa y al ahorro, protegidos por sus cónsules durante las guerras civiles, se convirtieron hacia 1870-80 en importantes propietarios rurales y urbanos.

La estructura económica se modificó. El ovino se incorporó a la explotación del vacuno entre 1850 y 1870. La lana suplantó al cuero como principal producto de la exportación uruguaya en 1884 y de ahí en adelante, hasta que apareció con vigor la carne congelada en 1905-20, la lana fue el principal rubro de las ventas al exterior.

El ovino, que podía ser explotado en campos con pasturas de calidad inferior y exigía cinco veces menos tierra por unidad que el vacuno, sirvió de base al desarrollo de la clase media rural.

El Uruguay de fines del siglo XIX tuvo así características económicas que lo singularizaron en el contexto latinoamericano y que compartió con Argentina. Sus mercados exteriores estaban diversificados pues vendía su tasajo a Brasil y Cuba, su lana a Francia, Alemania y Bélgica, y sus cueros a Gran Bretaña y Estados Unidos. Europa le compraba mercaderías que ella también producía con mayores costos, por lo que la renta diferencial beneficiaba a Uruguay. El libre cambio británico —y europeo en general— era una pieza clave de esta situación económica. Mientras duró —y lo hizo hasta la crisis de 1929— Uruguay tuvo un lugar económico seguro y rentable en el mundo.

Paralelamente ocurrían transformaciones en el medio urbano. A partir de 1860 comenzaron las primeras inversiones británicas. En 1900 se estimó en 40 millones de libras su total. Los ingleses habían construido los ferrocarriles —la primera línea fue inaugurada en 1869 y en 1905 alcanzaban los 2000 kilómetros—, invertido en los servicios públicos de Montevideo (aguas corrientes, gas, teléfonos, tranvías) e incrementado sus empréstitos al gobierno y su intervención en el mercado de los seguros. La industria de bienes de consumo se desarrolló a partir de 1875. En Montevideo, la aparición de la «cuestión social» fue la novedad. Aunque el ascenso social todavía era posible, las condiciones de vida del trabajador eran duras. Las jornadas de 14 ó 15 horas ambientaron la prédica anarquista. El viejo temor de la clase empresaria a la revolución de los blancos fue poco a poco sustituido por un nuevo miedo, el de la revolución social.

Ocurrieron también cambios en el orden cultural. La Universidad de la República, única hasta 1885, abrió sus puertas en 1849. En 1877 el gobierno decretó una importante reforma en la enseñanza primaria, volviéndola obligatoria y gratuita y otorgándole recursos. La tasa de analfabetismo, que era elevadísima, comenzó a descender. El Uruguay secularizó sus costumbres y su cultura.



Carlos González, *Duel*,
Grabado de madera

En 1861 la Iglesia Católica comenzó a perder su jurisdicción sobre los cementerios; en 1879 el estado decidió llevar los registros del Estado Civil; en 1885 se instituyó el matrimonio civil obligatorio y previo a la ceremonia religiosa optativa. En 1907 se aprobó la primera ley de divorcio, en 1913 el divorcio por la sola voluntad de la mujer y en 1909 se suprimió todo rastro de enseñanza religiosa en las escuelas estatales.

De acuerdo al Censo de 1908, los católicos ya no eran la mayoría absoluta entre los hombres nativos de Montevideo y su 44% era seguido muy de cerca por un 40% de hombres nativos que se había declarado «liberal».

Otro signo de la modernidad fue la aparición de un nuevo modelo demográfico. La natalidad comenzó a decrecer ya en 1890, la edad promedio del matrimonio femenino ascendió de 20 a 25 años, y aparecieron las primeras formas de control artificial de la natalidad. De este modo llegaba al siglo XX el país más tempranamente europeizado de América Latina.

Uruguay en el siglo XX

Entre 1903 y 1930 en el Uruguay se consolidó la democracia política, la reforma social y la prosperidad económica. Esa etapa parece clave para explicar algunas de las características y la mentalidad dominantes en el país hasta muy avanzado el siglo. Por ejemplo, la identificación orgullosa de la nacionalidad con la democracia política y la justicia social. La figura de José Batlle y Ordóñez (1856-1929) domina este período. Presidente en dos ocasiones (1903-07 y 1911-15) influyó con sus ideas y a la vez expresó la sociedad de clases medias que estaba naciendo.

La economía vio aparecer nuevas formas industriales que valorizaron la producción de carnes al refrigerarlas y venderlas a Europa (el primer frigorífico es de 1905). La intervención estatal abarcó la gestión financiera (Banco de la República, 1896, Banco Hipotecario, 1912), comercial (Banco de Seguros, 1911) e industrial (energía eléctrica y teléfonos, 1912, combustibles y petróleo, 1931).

En muchos casos estos fueron monopolios que obligaron al estado a enfrentarse al capital británico o estadounidense. Estas empresas estatales se constituyeron en un elemento definitorio de la relación entre la sociedad civil y el gobierno.

La democracia política, obra en la que sobresalió la oposición política, en particular el Partido Nacional o Blanco, se afianzó con el logro del voto secreto y la representación proporcional establecidos en la constitución de 1919, en la que también se separó la Iglesia Católica del Estado. En lo social se desarrolló la legislación del trabajo. La ley de 8 horas de trabajo fue aprobada en 1915 y las garantías para el retiro de los trabajadores se establecieron en los años veinte.

La crisis económica mundial iniciada en 1929 en Estados Unidos, repercutió en el Uruguay a partir de 1930-31. El descenso del precio de las materias primas y alimentos que se exportaban, y las restricciones del comercio internacional, causaron aumento de la desocupación, caída del ingreso y lucha por la distribución del mismo entre los distintos grupos sociales. En esa atmósfera, el presidente de la República, Gabriel Terra, dio un golpe de estado el 31 de marzo de 1933, disolviendo el poder legislativo e instaurando un régimen antibatllista y conservador en lo social, pero no militarista.

La lenta recuperación de la economía mundial, el peso en la sociedad de la tradición democrática, y el alineamiento del Uruguay con los Aliados enemigos del nazi-fascismo en la Segunda Guerra Mundial (1939-45), determinaron la recuperación de la vida institucional democrática en un proceso poco traumático entre 1938 y 1942.

Bajo el gobierno de Luis Batlle Berres (sobrino de José Batlle y Ordóñez) entre 1947 y 1951, la prosperidad económica se consolidó por los crecientes beneficios que reportó a las exportaciones uruguayas la guerra de Corea (1950-53). La intervención del Estado en la economía recibió un nuevo impulso con la nacionalización de los ferrocarriles y el agua corriente británicos en 1949.



Juan Manuel Maltes
La Paraguaya., 1880.

En realidad, Gran Bretaña pagó de esa forma al Uruguay la deuda que había contraído por el suministro de carnes durante la Segunda Guerra Mundial.

La prosperidad y el apoyo del gobierno de este segundo batllismo consolidaron el crecimiento de la industria de sustitución de importaciones y el número de obreros aumentó. El país vivió orgullosamente esos años. La conquista del campeonato mundial de fútbol en 1950, la baja tasa de analfabetismo, la elevación del nivel de vida, la democracia política vivida intensamente con un Poder Ejecutivo que desde 1952 había dejado de ser unipersonal para ser colegiado, alimentó el mito del Uruguay «Suiza de América» y excepción latinoamericana.

La tercera etapa de la historia del Uruguay en el siglo XX (1955-85) estuvo caracterizada por la crisis y el estancamiento económico y, en sus años finales (1973-85) por la caída de las instituciones democráticas y la instalación de la dictadura militar.

Las modificaciones de la economía mundial, en especial la formación del Mercado Común europeo (1957) dejó a las exportaciones uruguayas a la deriva. A ello se agregaron el estancamiento de la ganadería y el fin del proceso de industrialización basado en la sustitución de importaciones.

Los diversos sectores sociales, los sindicatos obreros y de empleados públicos, y las gremiales empresariales, lucharon entre sí por la distribución de una riqueza cada día menor en medio de una inflación indetenible. Los partidos tradicionales se alternaron en el poder por primera vez desde hacía casi un siglo. Los blancos gobernaron entre 1959 y 1967 y los colorados de 1967 a 1973. Ambas agrupaciones se fraccionaron, lo que debilitó la acción del gobierno. La izquierda se unificó y surgió el Frente Amplio en 1971. Tal hecho asustó a amplios sectores sociales y al empresariado. El gobierno de Jorge Pacheco Areco (1967-72) funcionó ya dentro de esquemas autoritarios, pues decretó la suspensión de las garantías individuales. Del otro lado, ciertos grupos de izquierda, con el Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) a la cabeza, también descreyeron del sistema democrático al impulsar la lucha armada.

El proceso de deterioro de las instituciones culminó con el golpe de estado que las Fuerzas Armadas protagonizaron el 27 de junio de 1973 disolviendo las cámaras legislativas y asumiendo, bajo la cobertura del presidente civil, la totalidad del poder público hasta febrero de 1985.

Los doce años de la dictadura militar estuvieron signados por la represión de los partidos políticos, el encarcelamiento de los dirigentes sindicales y toda oposición de izquierda, y la expulsión de los funcionarios públicos, especialmente los docentes, sospechosos de cualquier inclinación izquierdista. Desde el punto de vista económico, el gobierno militar, asesorado por técnicos de ideas neoliberales, procedió a cierta apertura de la economía al exterior y procuró atraer capitales extranjeros. La reducción del tamaño del estado en cambio, no se concretó.

Las resistencias de la sociedad a la dictadura tuvieron su expresión más clara en el rechazo de la constitución autoritaria que el gobierno promovía, ocurrido en el plebiscito del 30 de noviembre de 1980 cuando el NO recogió el 57,2% del total de sufragios. La crisis financiera y económica de 1982, que aceleró la inflación y la desocupación, y esas resistencias sociales aludidas, llegaron a los militares a ceder el poder a la sociedad civil.



Tambores en el Mercado del Puerto.

En elecciones en que hubo candidatos vetados por las Fuerzas Armadas, surgió como presidente constitucional el líder colorado Julio María Sanguinetti. Bajo su presidencia (1985-90) y la de su sucesor, el blanco Luis A. Lacalle (1990-95), se fortificaron las instituciones democráticas y políticamente el país tendió a dividirse en tercios: colorados, blancos y frenteamplistas.

En 1995 la población del Uruguay alcanzó los 3.150.000 habitantes, acentuándose su escaso crecimiento natural debido al alto grado de control de la natalidad que practica una sociedad urbanizada en su 89%. Además, una emigración de raíz económico-política en torno a los años setenta, costó al Uruguay el 10% de sus habitantes. La tasa de analfabetismo representa apenas el 4,25%. La calidad de vida de la mayoría de sus habitantes es de las más altas de América Latina, aventajada en ciertos rubros por Costa Rica, Cuba y Argentina. La esperanza de vida es de 73 años. La mayoría de sus habitantes es considerada católica por las estimaciones de la Iglesia, pero el número de sacerdotes no sobrepasa los 700 y la tasa de divorcios es alta, uno por cada 2,8 matrimonios.



Ofrendas en el mar. La fiesta de Jemanyá.

Bibliografía sumaria:

- Pivel Devoto, Juan E: Historia de los *partidos políticos en el Uruguay*, Montevideo, 1942-43. Reedición: Montevideo, Cámara de Representantes del Uruguay, 1994.
- Pivel Devoto, Juan E., Ranieri de Pivel Devoto, Alcira: *Historia de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo, Medina, 1956.
- Reyes Abadie, W., Vázquez Romero, A: *Crónica General del Uruguay* (4 tomos), Montevideo, Banda Oriental, 1979-1995.
- Caetano, G., Billa J.P.: *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al Mercosur*, Montevideo, ClaeH-Fin de Siglo, 1996.
- Finch, H.: *Historia económica del Uruguay contemporáneo. 1870-1970*, Montevideo, Banda Oriental, 1980.
- Nahum, B.: *Manual de Historia del Uruguay* (2 tomos), Montevideo, Banda Oriental, 1993-95.
- Barrán J.P.: *El Uruguay pastoril y caudillesco en la primera mitad del siglo XIX, El nacimiento del Uruguay moderno en la segunda mitad del siglo XIX, y, Uruguay en el siglo XX*, en: www.rau.edu.uy/uruguay/historia/Uy.hist1.htm y [hist2.htm](http://www.rau.edu.uy/uruguay/historia/Uy.hist2.htm) y [hist3.htm](http://www.rau.edu.uy/uruguay/historia/Uy.hist3.htm) y [hist4.htm](http://www.rau.edu.uy/uruguay/historia/Uy.hist4.htm)
- Barrán J.P., Nahum B.: *Historia Rural del Uruguay moderno*, (7 tomos), Montevideo, Banda Oriental, 1967-76.
- Barrán J.P., Nahum B.: *Battle, los estancieros y el Imperio Británico* (8 tomos) , Montevideo, Banda Oriental, 1979-1987.
- Caetano, G., Jacob R.: *El nacimiento del terrorismo* (3 tomos), Montevideo, Banda Oriental, 1989-1991.
- Jacob, R.: *Breve historia de la industria en el Uruguay*, Montevideo, Fondo de Cultura Universitaria, 1981.
- Oddone, 1.: *Economía y sociedad en el Uruguay liberal*, Montevideo, Banda Oriental, 1967.
- Faraone R., Paris B., Oddone J.: *Cronología comparada de la Historia del Uruguay*, Montevideo, Universidad de la República, 1997.
- Vanger, M.: *José Battle y Ordoñez. El creador de su época (1902-07)*, Buenos Aires, Eudeba, 1969.
- Vanger, M.: *El país modelo: José Battle y Ordoñez. 1907-15*, Montevideo, Arca y Banda Oriental, 1983.
- Zubillaga, C., Balbis J.: *Historia del movimiento sindical uruguayo*, (4 tomos), Montevideo, Banda Oriental, 1985-1992. Real de Azúa C.: *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?*, Montevideo, Banda Oriental, 1984.